

EXPOSICIÓN UNIVERSIDAD DE CHILE

28 DE MAYO DE 1999

Por ALEJANDRO CAMPOS

Es la primera vez que se me invita a participar de una exposición como esta, así es que desconozco el procedimiento habitual mediante el cual se prepara para hablar de sí mismo y de su quehacer creativo. Sin embargo, es ese mismo desconocimiento el que me legitima el derecho a elaborar esta exposición en base a lo que me parece importante poner en palabra en este momento en este País.

Parte del supuesto es que el secreto íntimo del creador es críptico e irrevelable. No es el caso hablar aquí de mis fondos interiores ni de mi imaginario, pues en mi obra en donde le doy forma a todo aquello que me perturba. No, mi rol aquí es más bien un rol político, porque, si me he tomado el derecho de crear, tengo el deber correlativo de ejercer un rol político, pues finalmente, creo que más allá de la ola individualista que el sistema imperante a querido meternos en cabeza, el teatro y los teatristas no podemos olvidar que nuestro primer descontento, el que nos instaló la pulsión creativa en la sien, es un descontento frente a la estructura social y política del sistema. Si yo en ese momento de mi vida he decidido tomar a Hamlet es para servirme de él porque sirve a mi causa, porque su anécdota cruza magistralmente mi problemática biográfica y la problemática nacional y universal acerca del origen perdido, de la orfandad de rol y el advenimiento de la burguesía como clase sostenedora de la revolución.

Porque el problema nacional radica precisamente en la búsqueda frenética del consenso. El sistema democrático imperante pretende eliminar la diferencia, bajo la peligrosa apariencia de un mundo seductoramente individualista, en que cada uno pareciera libre de opción. Olvidando que el meollo del problema de la originalidad es como lo dice la palabra, en el origen, que es en sí mismo un vicio referencial. Ahora bien, en términos políticos, lo interesante de la originalidad radica en el cruce de una con otra a fin

de recuperar el pensamiento dialecto como vía hacia la verdad. Siendo la palabra el lugar en el cual se me permite ejercer mi autoría, la palabra contenedora de la imagen muerta, la palabra enamorada de la forma discursiva, la palabra original que se satura, la palabra siempre desde Babel.

En este sentido, creo por sobre todo, en la puesta en palabra como acción revolucionaria. Y soy director de mi propia dramaturgia, porque siendo necesario en mí el hacerme cargo de mi discurso. Yo no creo ni en el fin de la historia ni en el fin de las ideologías, creo más bien que es profundamente peligroso dejarse embaucar por esta premisa inventada por el sistema. Porque no hay que olvidar que lo que pretende toda superestructura política es absorber todo aquello que le opone, de manera de hacer que, tanto los estamentos formales como los informales terminen, finalmente, trabajando para ella.

Ahora bien, desarmar al sistema dice, para mí, relación precisamente con el ejercicio del derecho a la diferencia. Chile es un país enormemente prejuicioso, si a eso le sumamos un sistema de poder muy reducido y la carencia de un estamento intelectual fuerte, nos encontramos con una estructura terriblemente castradora y que condena las más de las veces a la marginalidad. No es correcto que los maestros vanguardistas sigan siendo los mismos de hace quince años. Es necesario entender a cabalidad la importancia de generar un recambio generacional, de otra manera, estancamos todo proceso evolutivo. Chile es una sociedad atrozmente amnésica, y con esto no quiero sólo referirme a los sucesos políticos de los últimos decenios, sino también en el empecinamiento en volver a antiguos referentes por temor a asumir el referente real, el que sí corresponde a nuestro imaginario común, pues, ¿de qué otra forma sino exponiendo la reformulación referencial es que podemos llegar a dilucidar un discurso nacional?

Yo estudié tres años en la Universidad Católica y un último año en la Universidad de Chile, en esta misma escuela. Tuve que ausentarme tres años en lo que socialmente me reinstalaba, en mi precedente, para llegar a entender la necesidad de subvertir mi discurso. Confío en la Universidad de Chile como estamento caótico y revolucionario. No es casualidad que más de la mitad de los invitados a esta exposición seamos egresados de esta escuela, no es casualidad que este evento se desarrolle en esta escuela. Es por eso que creo que no debemos olvidar la tradición subversiva de la Universidad de Chile, y que no se me mal entienda. porque por problemas de cultura es que muchas veces se mal entienden los objetivos políticos. Yo no hablo aquí de barricadas ni de paros, sino de discusión real, pues insisto que es en la dialéctica en donde podemos recuperar el poder del discurso reestructurador, que está enclavado en la secreta esperanza de hacer renacer a la palabra desde su fatiga, desde el límite y como dice Heidegger; el límite no es aquello donde algo acaba sino, como conocieron los griegos, el límite es aquello desde donde algo comienza su ser.

Pero la creatividad permitida por el sistema imperante insiste, desesperadamente en la involución, en el consenso, en ordenar el lenguaje según un sistema de signos lingüísticos estables, un lenguaje, en definitiva, configurado para dar respuesta y no para formular nuevas preguntas. El sistema pretende unificar criterios, o bien, separarlos evitando el diálogo entre los diferentes criterios, evitando así de manera magistral la conformación de un discurso caótico, chueco como nuestras extrañas raíces nacionales. Porque si en algún lugar está asentada nuestra poesía es precisamente en el dolor de tener que reconocernos en una historia fracturada, una historia tan corta y tan poca pegada a la tierra que nos da todo el derecho a hablar desde el aire.

Como creador me siento en la obligación de volver a rol político del teatro, y esto dice relación con mi más profundo deseo de terminar con el rol político del teatro, con evolucionar hacia otros lugares de la problemática humana, lugares estos a los que me es

imposible llegar sin antes resolver la naturaleza precariamente política de nuestra actual confusión de identidad. Debemos confiar en la reformulación del teatro chileno, y para eso siento necesario el paso el acto que significa el diálogo entre los que aquí estamos.

Me conmueve pensar en todos los que, condenados por el juicio mediocre de un sistema agotado de citarse así mismo, se ven obligados a emigrar de este país, dejando nuevamente el vacío de un padre ausente. Postulo al renacimiento de la ideología y al cuestionamiento del postmodernismo por falta de mérito, ya no sirve, está agotado y yo de verdad estoy por la evolución.

Escrito en Mayo de 1999.

Alejandro Campos.